

2/42071



LA NIÑEZ



CATÓLICA.

(SECCION DE «LA ENSEÑANZA CATÓLICA.»)

MADRID 20 de Abril de 1873.—Núm. 10.

EN UNA ESCUELA.

Debiendo un maestro ausentarse por algunos dias del pueblo en que residia, buscó un suplente de su confianza que le representase mientras estaba fuera, dándole las instrucciones convenientes para que las cosas se hiciesen con el debido orden. Para más autorizar al sustituto, dijo á los alumnos: *El que le obedece á él, me obedece á mí; quien le despreciare, hágase cargo de que me desprecia á mí.*

En los primeros dias no ocurrió nada de particular; el suplente, ateniéndose á las instrucciones recibidas, desempeñaba perfectamente el encargo que se le habia confiado, y los niños, obedeciendo al suplente, seguian aprovechando de manera que la ausencia del maestro apenas podia ser notada.

Pero despues uno de aquellos niños díscolos, que nunca faltan en donde se juntan muchos, se empeñó en establecer otro orden, diciendo que aquello era lo que queria el maestro; algunos le siguieron, á pesar de las advertencias del profesor y de la conducta sensata de la mayoría.

Como el mal ejemplo cunde con facilidad, luego otro cabeza de motin, luego otro y luego otro quisieron ordenar la distribucion del tiempo y las lecciones segun su capricho, alegando todos que así lo queria el maestro.

La escuela se convirtió en un campo de Agramante, con gran dolor del sustituto y pena de la mayoría de los alumnos que deseaba de veras aplicarse. El ruido se oia desde la calle, y el escándalo traia disgustados á los padres.

Aumentáronse el escándalo y el disgusto cuando un jóven de la poblacion, que era muy conocido por su ignorancia y por sus puños, se mezcló con los alborotadores. Presentándose un dia en la escuela, se puso al lado del profesor suplente, diciendo con mucha soberbia: *V. no sabe arreglar eso; ya verá V. cómo yo acallo, en un abrir y cerrar de ojos, todo ese alboroto;* y sin dar tiempo á que el profesor le hiciese algunas observaciones, ó siquiera le manifestase las instrucciones que le habia dejado el maestro propietario, comenzó á llamar á los promovedores del tumulto.

—*Vamos á ver,* dijo; *todos quereis obedecer las órdenes del maestro que está ausente, ¿no es verdad?*

Casi todos contestaron afirmativamente; algunos indicaron que no, y solo uno se atrevió á decir que él no creia al maestro ni en el maestro.

—*Veamos, pues: ¿qué quiere el maestro?*

E por secretaria 26 Julio 1873

Al oír esta pregunta, los jefes de motín contestaron á la vez lo que á cada uno se ocurría.

—*El maestro quiere que á esta hora juguemos.*—No, señor; quiere que escribamos y que juguemos despues.—*No es esto; lo que el maestro quiere es que primero leamos, despues juguemos, y despues escribamos un poco.*—*El maestro quiere que descansemos en estos dias.*

El jóven que habia hecho la pregunta dijo entonces:

—*Niños, el maestro no puede querer cosas contradictorias como las que ustedes aseguran. Leer, escribir, jugar, etc., á un tiempo, no puede ser. Por consiguiente, todos Vds. menos uno, y tal vez todos, faltan á la verdad. ¿Quién de vosotros dice lo que el maestro quiere?*

—Yo, yo, yo, nosotros, respondieron todos.

—*¡Ved que algunos de vosotros mienten indudablemente, ó se equivocan!*

—*¡Estos mienten! ¡Estos se equivocan!*

De cien alumnos que habia en la escuela, los ochenta estaban escribiendo ú observando calladamente el alboroto promovido por los veinte restantes, que, por sus movimientos y sus gritos, parecían más de ciento. Si el imprudente que se metió á arreglador sin ser llamado hubiese tenido un poco de seso y de buen deseo, habria preguntado á la mayoría, y escuchado las esplicaciones del profesor; pero confundido por su ninguna discrecion y el estruendo de los amotinados, dijo:

—*Ya que no puede saberse aquí la verdad, haga cada cual lo que quiera.*

—*¡Viva la libertad de cultos!* exclamaron todos los discolos, queriendo decir sin duda; *¡Viva la libertad de la escuela!* Desde aquel momento todo orden fue imposible.



VISTA DE LA CIUDAD DE CÁDIZ.

TIEMPO PESADO.

Por más que el aire sea una materia de poco peso, la enormidad de la altura atmosférica hace que ejerza una presión considerable sobre los cuerpos. Así, aunque á primera vista parezca paradójico, por medios que no dan lugar á duda han deducido los físicos que sobre una persona de mediana corpulencia la atmósfera viene á ejercer por igual, en toda su superficie, una presión representada por un peso de quince mil quinientos kilogramos próximamente, ó sean unas mil trescientas cuarenta y siete arrobas y catorce libras; cuya presión se halla destruida por la que componen los gases y líquidos que tenemos dentro del cuerpo.

En los días en que la temperatura se eleva, y por lo tanto la presión atmosférica disminuye, como sucede principalmente en los meses de más calor, la reacción de los líquidos y gases no se halla suficientemente contrabalanceada por el peso del aire atmosférico; tienden á dilatarse, y las venas se ensanchan, la sangre afluye en mayor cantidad por todas ellas, nos encontramos perezosos, con aversión al trabajo y marcada tendencia á la posición horizontal; agreguemos á esto que hallándose el aire enrarecido, hay en un volumen dado menor cantidad que la necesaria para la respiración, por la cual esta se hace penosa é imperfecta, y comprenderemos cómo una excesiva elevación de temperatura puede llegar hasta producir la muerte por sofocación.

Resulta, pues, que en los días de mucho calor nos encontramos *torpes ó pesados* á causa de hallarnos envueltos por una atmósfera demasiado ligera, siendo, por lo tanto, precisamente todo lo contrario de lo que parece queremos dar á entender, y así lo entienden muchos efectivamente, cuando se dice: ¡qué pesado está el tiempo! ¡qué pesada está la atmósfera! cuando, hablando con propiedad, deberíamos decir en tales casos que *el tiempo está ligero*, tomando la palabra *tiempo* en la acepción que aquí se le da, ó decir que *la atmósfera es ligera*.

CARLOS HUGARD.

(1846-1871.)

(Conclusion) (1).

»No sin algún esfuerzo logró Carlos sujetar su voluntad á la observancia de los menores detalles del reglamento; y cuando le conocí, era ya maestro consumado en el difícil arte de hacer, muy intencionadamente, con un gran corazón cosas muy pequeñas, cuyo desempeño le imponía la obediencia, tanto en el estudio y en la clase, como en el refectorio, en el patio ó en el paseo. Todavía progresaba todos los días en aquella subordinación infantil, camino de la verdadera santidad.

»Hijo único y muy rico, cualquier otro, en su lugar, solo hubiera soñado á los diez y seis y diez y siete años en placeres y dichas de este mundo; pero Carlos ya había puesto su corazón muy por encima de todas esas pequeñeces. ¡Cuántas veces, cuando consideraba las fútiles preocupaciones de muchos otros; cuando les oía hablar seriamente y ocuparse con fruición de trajes elegantes, mesa delicada, partidas de caza, jaurías, caballos y carruajes, asomando en los labios de Carlos una sonrisa de tierna piedad, prorumpía en su exclamación predilecta: ¡Jesús mío! Aquellas frivolidades le parecían sumamente ridículas, y no podía comprender cómo unos jóvenes cristianos hicieran de ellas un tema favorito de su conversación.

»Su solo aspecto era una elocuente protesta contra toda vanidad mundana. Siendo de una pulcritud perfecta, descuidaba, no obstante, todo cuanto en el arreglo del cuerpo hubiera podido parecerse al culto de la forma, de la elegancia y del bien parecer. Sus vestidos eran de los más comunes, y el sastre los

(1) Véase el núm. 8.º, pág. 32.

hacia, no al gusto del joven, que no se ocupaba en ello, sino al suyo propio. Todo era para él igualmente bueno. Iba casi siempre con la cabeza descubierta, y quería llevar los cabellos muy cortos. El esmero que algunos ponían en peinarse era para Carlos una de las cosas que más provocaban su hilaridad.

V.

»En 1864 Carlos cayó enfermo. Su prolongada permanencia en la enfermería me procuró la ocasión de conocerle mejor. Tenía permiso para visitarle, y desde luego admiré su heroica paciencia. No solamente se resignaba a sufrir, sino que apetecía el dolor y lo aceptaba con reconocimiento de manos de Dios. Un día, entre otros, que su pecho estaba cubierto de un ancho vejigatorio, le vi tranquilo, con dulce y franca sonrisa en los labios, como si nada hubiera sufrido. En una mano tenía el Crucifijo y los rosarios; dióme la otra y me hizo sentar cerca de su cama, y prosiguió, haciéndome partícipe de ellas, en el curso de las ideas que le tenían absorto en aquellos momentos. Me habló, en un lenguaje que en vano intentaría reproducir, de los encantos de la Cruz, de la dicha de morir, y de las alegrías del cielo. Había comprendido el misterio de un Dios muerto por los hombres, y solo abrigaba su corazón una ambición: ó sufrir, ó morir. Hubiera querido, no obstante, sacrificarse, á ejemplo de Jesucristo, por la salvación de las almas. Así es que, en la íntima confianza de su amistad, me decía muchas veces: «Pido á Dios todos los días que me conceda la gracia de ir á las misiones extranjeras, y derramar mi sangre por la conversión de los infieles.» Algunas veces añadía: «Si no me es dado poder ser mártir de Jesucristo, al menos quiero morir en la senda que conduce al martirio, es decir, en la Compañía de Jesús, ó al menos en el colegio; porque para mí el colegio es el vestíbulo de la Compañía de Jesús.» Resumía todas estas ideas en una pequeña fórmula, que repetía en forma de aspiración: «¡Jesús, morir en las misiones, en el noviciado ó en el colegio!»

»Carlos ejerció en el colegio este doloroso apostolado, objeto de todos sus deseos. Ofrecía á Dios, para la salvación de sus compañeros, los continuos sufrimientos que tuvo que soportar por espacio de muchos años, sin saberlo sus maestros, ni aun sus padres, añadiendo además algunas penitencias secretas. Difícil me sería decir el celo que desplegó para dirigir bien la congregación todo el tiempo que fue su prefecto, y los asiduos cuidados que puso á fin de que la familia de Nuestra Señora fuera verdaderamente digna de su gloriosa Madre, y conquistara en la casa toda la influencia que tenía el derecho y el deber de ejercer.

»Muy pocas personas conocieron, al menos entonces, cuánto tuvo que sufrir Carlos. Apasionado por la cruz de Jesucristo, abrazó como un tesoro las incesantes torturas de una enfermedad que le consumía lentamente. Hasta algunas veces me prohibió que rogara por su curación ó su alivio; y como no accediera á sus deseos: «Al menos, me decía, no pidas para mí otra cosa que la voluntad de Dios; conténtate con decir: *fiat voluntas tua*.» ¡Cuántas veces, después de haber estado por mucho tiempo á su lado, y quedándose solo, me decía á mí mismo: ¡Oh qué admirable joven! se siente herido de muerte, en la flor de la juventud, en el comienzo de una vida que hubiera podido ser tan fecunda, y no halla en su corazón más que bendiciones y acciones de gracias para la mano que lo hiere.

»Otro de sus habituales sentimientos en aquella época era el deseo de ir al cielo, y muchas veces interrumpía nuestra conversación para murmurar dulcemente esta estrofa:

Levántate, Señor, álzame el velo,
Que vaya yo á gozar de tu corriente,
Contento, amor y paz, gloria y consuelo.

